SPRONCED

OBRAS
POETICAS

PQ6521
A1
1876
c.1

46659

010381

1080021944

ITER PARA TVTVM

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

OBRAS POÉTICAS

DE

D. JOSÉ DE ESPRONCEDA

PRECEDIDAS

DE LA BIOGRAFIA DEL AUTOR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde Téllez
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

MEXICO
IMPRENTA Y LIBRERIA DE LA ENSEÑANZA.
Portal de Mercaderes numero 7

1876

46659

PQ6521
.A1
1876

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

PROLOGO.

Pocos libros se han publicado recientemente en España con menos necesidad de prólogo, que el de las elegantes poesías del Sr. Don Jose de Espronceda, que ahora sale á luz. Mientras, ausente el poeta, nos afanamos sus amigos en completar la coleccion, mas por honra de nuestra época y de la musa y del habla castellana, que por obsequio al autor, cuya modestia y abandono generoso, proverbial entre cuantos le conocen, habria hecho su cooperacion dificilísima, animanos en nuestra halagüeña tarea la certidumbre de que es verdaderamente popular este trabajo, y de verdadera importancia para la literatura española reunir en un solo cuerpo esos preciosos fragmentos y composiciones sueltas, perlas de nuestro Parnaso, que ya en manuscritos, ya en incorrectas publicaciones, han circulado con aplauso universal, y en nuestros dias inaudito.

No se ofrecen, pues, al público, las poesías de Espronceda con ánimo de explorar su juicio, ni de merecer una sentencia favorable, que pronunciada ya por unanimidad hace muchos años, en el entusiasmo que las sublimes composiciones del *Pirata*, el *Mendigo*, el *Verdugo*, el *Himno*

010381

al Sol y otras muchas escitaran en los liceos y academias, por los prensa periódica, de la capital y de las provincias, en los salones mas cultos y de mejor tono, así como en las turbas del pueblo, último y supremo juez,, por mas que muchos lo ignoren ó lo nieguen, en materias de buen gusto, fuera impertinencia pedirle que ratificase un fallo nunca desmentido ni puesto en duda. Para la misma benevolencia del juicio exige de los amigos del poeta que presenten al público todo el ramillete, ya que varias de las joyas y de las suavísimas flores que la componen, le han deleitado con su viva luz, con su dulce y delicado aroma, con sus espléndidos matices; ora ilustrando su mente, ora despertando sus afectos, ó reanimando la llama de sus virtudes.

No es de este lugar el exámen crítico de las poesías de ESPRONCEDA, ni convenientes nunca los esfuerzos que se dirigen á prevenir el juicio de los lectores. Y aunque así no opinásemos, todavía nos abstendriamos de entrar en calificaciones acerca de su mérito, pues de seguro no las necesitan. Los libros de los grandes ó de los inspirados escritores pueden presentarse sin explicacion ni apología: cuando estas se intentan, llevan, por lo comun, demostrar que lo frio, lo vulgar ó insípido es bueno, y que debe leerse; á lo cual suele responder el público, por evitar debates, que bueno será, pero que no lo lee. Imaginamos, empero, que aunque nos cumpla renunciar al análisis de los bellos cantos que á la par del público admiramos, no nos será ilícito emitir la opinion de que están, mas que ningunos otros que en nuestra lengua conozcamos, exentos de aquella inanicion de que adolecen las producciones de quienes no saben ó no sienten mas que sienten ó mas que saben los que las contemplan. Cada poema de ESPRONCEDA es una revelacion; cada estrofa un cuadro en que se retrata á la naturaleza con tanta verdad, que la vemos allí fecunda, viva y en movimiento; descubriendo, ademas, bajo el pincel del artista, nuevas formas, y hermosuras y armonías nuevas, que por nosotros mismos jamas hubiéramos echado de ver. Todos los vivientes somos susceptibles de impresiones y en nuestro pecho, es cierto, yacen los gérmenes de la inspiracion; pero el libro del poeta es el mágico espejo, adonde se descubren los arcanos y misterios profundos de la beatitud que á veces dulcifica el alma del dolor que con mayor frecuencia la inunda. Profundo psicólogo nuestro autor, tomó las formas de la mística belleza del orbe, arrancó sus secretos al mas puro y recóndito sentir del espíritu humano, y en una lengua castiza, armoniosa, fácil, digna del alto asunto que explicaba, describió los raptos del corazon, el vuelo de la fantasía, arrebatándonos consigo, ya hasta el cenit dorado desde donde apostrofa al sol . . . .

Vívido lanzas de tu frente el dia;
Y alma y vida del mundo,
Tu disco, en paz, magestuoso envia
Plácido ardor fecundo:
Y te elevas triunfante,
Corona de los orbes centellante;

ya á las remotas playas desde donde dirige á su patria el melancólico y tierno cantar que comienza así, y cuya inimitable uncion crece en cada estrofa:

¡Cuán solitaria la nacion que un dia
Poblara inmensa gente!
¡La nacion cuyo imperio se extendia
Del Ocaso al Oriente!

Permítasenos antes de concluir esta brevísima introduccion, tributar el homenage de nuestra gratitud al hombre cuyo profundo saber, delicado gusto y complaciente benevolencia han contribuido tanto á cultivar el alto ingenio de nuestro amigo. El Sr. Don Alberto Lista cuenta á Espronceda como á uno de sus mas aventajados alumnos; y entre las octavas del *Ensayo Epico* que se publican, hay algunas de aquel eminente profesor, á quien la mano de la política puede separar momentáneamente del trato, pero no del corazon de los que le debemos atenciones ó enseñanza.

Madrid, Junio de 1839.

Jose Garcia de Villalta.

BIOGRAFIA

DE

D. JOSÉ DE ESPRONCEDA

Triste, muy triste es ver al cristalino y murmurante arroyo trasformado en impetuoso torrente, que cae y se quebranta de peña en peña hasta arrastrarse en el llano, cuyas arenas lo absorben ántes de convertirse en espaciosa laguna para retratar en su diáfana superficie todas las bellezas que la creacion hacina en sus márgenes privilegiadas. Triste, muy triste es ver cómo desciende al sepulcro en la flor de sus años el hombre que se eleva en alas del génio y de la poesía á excelsas regiones y habita mundos desconocidos, á que da animacion su mente y donde le sustenta su imaginacion de fuego; así cede el robusto roble al soplo de los vendavales y se derrumba con hórrido estruendo; no de otro modo se sumerge deshecho por las tormentas el empavesado buque, gala y orgullo de los mares.

Tal es en bosquejo la vida del cantor del *Diablo mundo:* pasaremos con la celeridad posible por los sucesos que mas la caracterizan, temerosos de que se apodere de nuestra alma la amargura, y de que el llanto anuble la luz de nuestros ojos.

A uno de esos acasos de la guerra debe la gloria de contar entre sus ilustres hijos á D. José de Espronceda la patria de Francisco Pizarro y de Diego Paredes. Seguia su padre la honrosa profesion de la milicia, se hallaba empeñado en la memorable campaña de la Independencia como coronel de un regimiento de caballería en la provincia de Extremadura; acompañábale su esposa, ya en cinta, y en una de las continuas y penosas marchas de la tropa, hubo de quedarse oprimida por vivísimos dolores en la villa de Almendranijo, donde dió á luz al que mas tarde habia de ser honra y prez de la poesía castellana: corria á la sazon el año de 1810 y era la estacion de los céfiros y las flores.

Acabada la guerra, se establecia en Madrid la familia de Espronceda, y ya tenia este algunos rudimentos de enseñanza al abrirse el colegio de San Mateo. Discípulo de Lista, y tempranamente afecto al cultivo de las musas, su primera oda se dirigia á celebrar la jornada del 7 de Julio: enseñósela á su buen maestro; á cada verso que constaba, á cada imágen medianamente descrita, exclamaba Lista regocijado:—Oyes, ¡esto es magnífico! A cada locucion trivial, á cada frase impropia é incoherente, decia sin fruncir el ceño:—Mira, esto es de mal gusto. Ponderaba las bellezas, corregia los defectos y animaba el naciente númen del vate: así para llevar por un sendero á sus alumnos nunca empleaba la rígida autoridad de maestro, pues sabia grangearse su infantil cariño, y las blandas insinuaciones hacian el oficio de expresos mandatos. Espronceda estudiaba privadamente con Lista despues de cerrado el colegio; tambien figuraba entre los que aplicándose poco, lucian mucho; miembro de la academia del *Mirto* progresaba en la poesía; con vocacion á la política y liberal por el convencimiento de que es capaz un jóven de 14 años, pertenecia á la sociedad de *Numantinos*, en clase de tribuno. Preso como Vega y otros compañeros suyos al recaer en aquella causa el fallo de los tribunales de justicia, salia de Madrid con destino á un convento de Guadalajara, ciudad donde residia á la sazon su padre.

Allí en la soledad del claustro se enaltecia su mente juvenil y lozana por las regiones de la epopeya. Alentado por su inspiracion vigorosa, no se detenia á indagar si los sonidos de la trompa épica hallarian eco en la sociedad de nuestro siglo. Recorriendo la historia de España y fijándose en el adalid de Covadonga, le parecia asunto grande, sublime y capaz de interesar á un pueblo, la restauracion de la monarquía de los Godos en pugna con la civilizacion floreciente y el guerrero empuje de los sectarios de Mahoma. Ofrecia este magnífico cuadro el contraste de dos creencias, de dos civilizaciones, de dos enseñas, la cruz y la media luna: cabian excelentes episodios en que alternaran las rudas costumbres de los esforzados montañeses luchando por la independencia, y la muelle vida de los orientales soñando amores en sus gabinetes embalsamados con olorosas esencias y enriquecidos con sedería y oro, ó arrojándose á las lides para propagar la ley de su profeta á sangre y fuego. Acertado anduvo Espronceda en elegir á *Pelayo* por héroe de su poema, argumento tan digno y grandioso como la *Conquista de Granada* y *el Descubrimiento del Nuevo Mundo*. Si hubiéramos de calificar el mérito de su epopeya por los cantos insertos en la coleccion de sus poesías, nuestro voto le seria favorable; pues hay allí pasajes que admiran por la verdad y atrevimiento de sus pinturas como el *Cuadro del hambre* y el fatídico *Sueño del Rey D. Rodrigo*. A Don Alberto Lista le agradó sobremanera el pensamiento, y aun son suyas algunos oc-

tavas en los fragmentos contenidos. No habia renunciado Espronceda á terminar *El Pelayo*, y constantemente poseido de la belleza del asunto, es probable que al darle cima hubiera variado de metros á fin de amenizar mas el conjunto de la obra.

Cumplida su condena vino á la corte: bajo la recelosa mirada de la policía le amagaban persecuciones y ansioso de sacudir tan cruel desasosiego, no ménos que de correr mundo, determinó salir de España, y encaminándose á Gibraltar puso su planta en el primer país extranjero sin apartarse de nuestro territorio. Cómo se trasladó desde allí á Lisboa, nos lo ha referido con jovial tono y fácil gracejo, distante ya de los peligros y miserias que le acosaran entónces. Por no eclipsar la brillantéz de su relato reduciéndolo á mas estrechos límites de los que ocupa en el *Pensamiento*, nos basta deducir de aquel artículo un dato importante. Despues de echar el ancla en el puerto de Lisboa el desmantelado falucho que conducia al jóven emigrado, lo abordó la falúa de sanidad: exigieron á los pasajeros el pago de una gabela; cuando á Espronceda le llegó su turno, sacó del bolsillo un duro, única moneda que componia todo su erario; le devolvieron dos pesetas y las arrojó desenfadadamente al agua, porque *no quiso entrar en tan gran capital con tan poco dinero.*

Para el que al anochecer de un dia nebuloso ó sereno vaga por las calles de una ciudad extraña, sin pan que le suctente, ni techo que le abrigue, ni amigo que le tienda una mano, no son todas penas y angustias como acaso imaginan los que en sedentaria vida vegetan ó con la comodidad de la opulencia viajan. Un espíritu henchido de fuego y ávido de aventuras, un corazon resuelto y una voluntad firme triunfan siempre de este trance, congojoso y

amargo para los que se anegan en poca agua. No perteneció Espronceda á esta clase: pobre como Homero desembarcaba en el país del cantor de Vasco de Gama: allí entre privaciones y escaseces tuvo orígen esa pasion amorosa, violenta, vehemente y profunda, pasion embellecida por su imaginacion ardorosa, y que con sus goces y penalidades, sus dichas y contratiempos absorbe gran parte de su existencia. Propio de una novela seria narrar las diversas alternativas de tan ardientes amores: omitiríamoslas nosotros aun cuando se adoptasen á la índole de esta obra, porque acaecen lances en la vida de los hombres que deben envolverse en el sudario del olvido, y hay secretos de amistad sobre los cuales cae de repente y á perpetuidad la losa del silencio.

Eran por aquella época los emigrados la continua pesadilla de los consejeros del rey de España, y no los consentian á la puerta de casa: por eso Espronceda y otros se vieron en la necesidad de trasladarse á Lóndres, cuyo suelo fué para todos mas hospitalario. Dividia el poeta extremeño las horas entre sus desvaríos amorosos y sus estudios: leia á Shakspeare, á Milton y á Byron, y si consultamos sus inclinaciones, sus costumbres, sus poesías, no será difícil demostrar que Espronceda se propuso por modelo al último de estos tres escritores: entonaba cánticos de apasionada ternura á su dama y dedicaba á su país acentos, no lánguidos y pobres de valentía como los de Martinez de la Rosa en ocasion semejante, sino bien sentidos y espresados á estilo del profeta de las lamentaciones, deplorando el abatimiento de la nacion que habia dictado leyes al mundo, y en cuyas posesiones nunca descendia el sol á su ocaso.

Tal vez en Lóndres gozaba Espronceda el período mas feliz de su vida aun cuando no abundase en recursos. Cru-

zaba despues el Canal de la Mancha fijando en París su residencia: entusiasta por la libertad de los pueblos se batia en el puente de las Artes y detras de las barricadas durante los tres dias de Julio. Venia mas tarde entre aquel puñado de españoles que más acá del Pirineo dieran estériles señales de bizarría, asistiendo á la infeliz jornada en que sucumbiera heróicamente D. Joaquin de Pablo. Vuelto á París se inscribia en la gloriosa cruzada que espíritus nobles imaginaron por salvar á la oprimida Polonia, sublime y heróica empresa contrariada por Luis Felipe con la voluntad inflexible de un soberano bien quisto de su pueblo. A la mágica voz de amnistía regresaba Espronceda al suelo pátrio, y dirigiendo ya los negocios el ministro Cea, entraba en el cuerpo de Guardias de la real persona. Amado de sus compañeros y querido de sus jefes, sin duda hubiera sido uno de los mas pomposos vástagos de aquel rico plantel de la milicia española, si un imprevisto suceso no viniera á cortar en flor sus esperanzas. Hubo de escribir unos versos alusivos á la política militante, y aplaudidos en un banquete, deslizándose de mano en mano, es fama que llegaron á las del primer ministro, quien no se descuidó al mostrárselas al monarca: llamó este al capitan del cuerpo, y aunque al principio abogó con energía por su subordinado, apoyándose en su puntualidad para el servicio y en sus felices disposiciones para la milicia, doblóse al fin á las exigencias ministeriales y el poeta dejó de ser guardia. Desterrado á la villa de Cuellar reunió materiales y compuso una coleccion de bellos cuadros, á que dió el nombre de novela: si corresponde al título que tiene, dista mucho de figurar *El Sancho de Saldaña* en primera línea entre esa clase de producciones.

Apenas apuntó en España la aurora de libertad con la

promulgacion del Estatuto, se hizo Espronceda periodista: su activo pensamiento no podia soportar el yugo de la prévia censura. Contábase entre los redactores del *Siglo*, de que era director D. Bernardino Núñez Arenas, propietario el Sr. Faura y censor el Sr. Gonzalez Allende. Prohibidos por este los materiales destinados al número 14 del periódico mas caliente de entonces, no sabian los redactores cómo salir de aquel apuro. Espronceda tuvo la oportuna idea de proponer que se publicara el *Siglo en blanco:* asintieron todos sin dificultad á la propuesta, y al dia siguiente se repartia su diario con los epígrafes de *La amnistía.—Política interior.—Carta de D. Miguel y D. Manuel María Hazaña en defensa de su honor y patriotismo. —Sobre córtes.—Cancion á la muerte de D. Joaquin de Pablo (Chapalangarra.)* De resultas fué vedada la publicacion del *Siglo*, y sus redactores tuvieron que andar á salto de mata para desorientar á los que de órden del gobernador civil iban en su busca.

Tuvo Espronceda gran parte en los movimientos de los años de 1835 y 1836, haciendo barricadas en la Plaza mayor de esta corte y pronunciando fogosas arengas. Como en ambas ocasiones pudo la autoridad militar contener por pocas horas el fuego que habia cundido de provincia en provincia, se vió obligado á esconderse el poeta revolucionario. Hallábase en los baños de Santa Engracia cuando el ayuntamiento de Madrid dió en 1840 el grito de Setiembre, que forzosamente habia de prevalecer secundándolo el caudillo de los ejércitos nacionales á la cabeza de cien mil combatientes. Luego que lo supo tomó la posta y vino á incorporarse á la octava compañía de cazadores de que era teniente. Sonaba su voz en el jurado defendiendo un artículo del *Huracan* denunciado por aquellos dias. Del mo-

do mas explícito hizo alarde de sus opiniones republicanas; temia que del pronunciamiento no se obtuviesen grandes resultados y exclamaba: "Yo bien sé que despues de vio-"lentas borrascas quedan insectos sobre la tierra que cor-"rompen la atmósfera con su fétido aliento." Justificado aquel trastorno y recalcando la precision que habia de variar de rumbo decia: "Hasta ahora ha visto la nacion que sus "representantes se han arrojado sobre ella para devorarla "como una horda de cosacos." Creia que si todos se persuadieran de la excelencia del gobierno republicano y se tratara luego de imponer castigos á sus defensores, habria que *fusilar á la humanidad entera.* Abundaba su discurso en frases de esta especie: obtuvo diversos aplausos y el artículo del *Huracan* fué absuelto.

Por el mes de Diciembre de 1841 se dirigia á El Haya á desempeñar la secretaría de la legacion española: regresaba poco despues á Madrid como representante de Almería en el Congreso. Ya decaida su salud en gran manera por lo azaroso y desordenado de su vida, habia sufrido doble quebranto con el viaje hecho á la fria Holanda en lo mas crudo del invierno.

Bien conocian sus admiradores que no cubrian canas aquella erguida frente, y sus temores se realizaron mucho ántes de lo que imaginaban. Atacado de una inflamacion en la garganta, espiró á los cuatro dias de enfermedad, á las nueve de la mañana del 23 de Mayo de 1842, en los brazos de sus predilectos amigos. Profunda sensacion causó tan temprana muerte: numeroso cortejo seguia el ataúd del poeta acompañándolo hasta el cementerio de la puerta de Atocha; y nuestro amigo D. Enrique Gil conmovia á todos los concurrentes con la lectura de una tierna elegía recitada entre sollozos.

Poeta de esplendorosa fantasía, de númen potente, de entonacion robusta, osado en las formas, elegante en las locuciones, daba lujo, facilidad y elocuencia á su nervioso estilo. Dotado de singular arrojo, capaz del más férvido entusiasmo, amaba los peligros y se esparcia su ánimo imaginando temerarias empresas. En la edad antigua y en la patria de Sócrates hubiera sido rival de Alcibíades ó hubiera muerto en las Termópilas con Leonidas: en la edad media hubiera merecido la ínclita gloria de que se leyesen sus hazañas en el poema del Tasso: al principio de la edad moderna le hubiera visto Cristóbal Colon á bordo de su carabela. Mas no simbolizan por cierto la virtud sublime y la fé religiosa el siglo de Espronceda, siglo en que de todo se hace mercancía, en que todo se reduce á guarismos y se pesa y se quilata; siglo en fin de mezquindad y prosa. Impetuoso el cantor de Pelayo y sin cauce natural á su inmenso raudal de vida, se desbordó con furia gastando su ardor bizarro en desenfrenados placeres y crapulosos festines: á haber poseido inmensos caudales fuera el *D. Juan Tenorio* del siglo diez y nueve.

Una de las canciones mas celebradas de Espronceda es *El Pirata*, donde pinta admirablemente al hombre que tiene el *mar por patria.* Nosotros hemos hecho largas navegaciones: bella es la perspectiva del sol brotando en chispas de oro del seno de las aguas, ó escondiéndose al término de su triunfal carrera entre grupos de caprichosas nubes que semejan la mole de almenado castillo ó el contorno de pirámide gigantesca, ó la arcada de macizo puente, ó muro de ciudad antigua. Magnífica de encantos desciende la noche, ya se ostente tranquila con su fúlgida cohorte de estrellas, ya aparezca entre nubes de negro celaje, que desvanece la primera luz del alba ó rasga á deshora el res-

plandor de la luna, surgiendo roja de las tinieblas y mostrando su disco como el cráter de un volcan preñado de ardiente lava. Recrean al navegante el fosfórico brillo de las ondas estrellándose en el costado del buque, la luminosa estela que se dilata por la popa, y el ruido de la quilla hendiendo las aguas, semejante al fragor de umbroso bosque agitado por el viento ó al soberbio hervir de magestuosa catarata quebrantándose de roca en roca. Todos esos goces los habiamos concebido ántes de surcar los mares: nos lo revelaba la cancion de Espronceda: muchas veces la hemos repetido sobre cubierta á tiempo de rielar en el Océano la luna y de gemir en la lona fresca brisa alzando olas de plata y azul en blando movimiento: ni nos ha faltado ocasion de recitarla teniendo por música los huracanes y el estrépito y temblor de los cables sacudidos. Espronceda blasona de su amor á los peligros en la cancion del *Pirata*. Su espíritu belicoso se halla patente en el *Canto del Cosaco*: lo acrisolado de su patriotismo en la *Despedida del jóven griego de la hija del apóstata:* sus delirios de socialista en *el Mendigo* y en *el Verdugo:* en el *Himno al Sol* su elevacion de ideas: cuando canta *A un lucero* llora la pérdida de sus ilusiones: cuando en una *orgía* se dirige á *Jarifa* el hastío le devora: cuando compone *El estudiante de Salamanca* dibuja en D. Féliz de Montemar su propio retrato. Con teer ese precioso tomo de poesías publicado en 1840, estudia uno al poeta y se familiariza con el hombre: sus versos vienen á ser un exacto compendio de su historia.

Existen en los periódicos algunas de sus poesías sueltas: en *el Español* dos fragmentos de una leyenda *el Templario:* en *el Pensamiento* un romance á *Laura:* en *el Iris* estrofas de una oda á la *Traslacion de las cenizas de Napoleon* y un fragmento de *El Diablo mundo*, titulado *el ángel y el poeta:* en *el Labriego* una composicion al *Dos de Mayo*. De esta parece oportuno indicar alguna cosa.

Desde que el general en jefe de las tropas de Isabel II escribió su célebre manifiesto sobre la cureña de un cañon en el Mas de las Matas, no se avenian los hombres del progreso á agitarse sin fruto entre el polvo de la derrota, y no desperdiciaba momento de maquinar contra sus triunfantes adversarios. Abiertas las córtes de 1840 eligieron por campo de batalla la discusion de actas electorales impugnándolas una por una con prolijidad enfadosa, y repitiendo hasta la saciedad unos mismos cargos, como para dar tiempo á que madurase algun proyecto de trastorno. Ya muy avanzada la sesion del 23 de Febrero hervia la multitud á las puertas del Congreso; descansaba sobre las armas un piquete de infantería en el solar de las monjas de Pinto: pedia la palabra D. Joaquin María Lopez, y al decir en el exordio de su arenga incendiaria, que iba á *arrancar muchas máscaras* y *á llamar las cosas por sus verdaderos nombres*, estallaba en las galerías y en las tribunas ruidoso y universal aplauso: percibíase dentro la gritería de las gentes agrupadas en torno de la parte exterior del edificio: se refugiaba el jefe político de Madrid al salon de columnas. Continuando la sesion aseguraba el gabinete que habia adoptado las medidas convenientes para restablecer el público sosiego; algun diputado replicaba: *todavía no oigo el estampido de los cañones:* uno de los alcaldes constitucionales se sonreia con calma sin moverse de su escaño, y se hacia de nuevas tal individuo que habia intervenido en los preliminares del alboroto. Miéntras se representaba en el salon de las sesiones tan pobre farsa, ocurrian escenas más tristes en la calle: en medio de infinitos grupos la segunda autoridad militar de esta corte los invitaba al órden ha-

blándoles afectuosamente y con el sombrero en la mano.—Respetad la ley, hijos.—Vd. es el que ha de respetar al pueblo, —le decia alguno.—Orden, señores, repetia el gobernador de la plaza.—Miren quién proclama el órden! reponia otro, el segundo de Bessieres.—Pálido como la cera y siguiendo sus amonestaciones contestaba el general:—Sí, señores, he sido segundo de Bessieres; pero ahora sirvo la causa de Isabel II y he derramado mi sangre por ella.—Con la misma lealtad servirá vd. esta causa que la otra.—Tan escandaloso diálogo no se podia prolongar mas tiempo. A la llegada del capitan general empezaban á llover piedras sobre la tropa; aquel jefe declaró á Madrid en estado de sitio al son de trompetas; como el pueblo no despejase la plazuela de Santa Catalina, mandó cargar á algunos caballos: lo hicieron á media rienda y lanza en ristre; salváronse con la fuga todos, ménos un miliciano, que por lucir su serenidad ó por no haberse metido en nada, quiso aguardar á pié firme y cayó al suelo sin vida. Al dia siguiente fué tambien la sesion borrascosa: hubo otras parecidas ántes y despues de constituirse el congreso con motivo de la discusion de la ley sobre ayuntamientos y especialmente del artículo relativo al nombramiento de alcaldes. No perdonaba medio la minoría de concitar el descontento de las masas y de provocar disturbios: ofrecióle aquel gobierno poco previsor ó sobradamente temerario una propicia coyuntura al designar para inspector de la milicia ciudadana al capitan general de Castilla la Nueva, y debia presentarse al frente de sus batallones, escuadrones y brigadas el dia 2 de Mayo. Entónces iba á reventar la mina cargada de combustible hasta la boca, y para que la explosion fuera mas horrible y espantosa, compuso Espronceda la poesía que hemos citado. Allí describia con mágica ve-

hemencia el afrentoso espectáculo de la corte de Cárlos IV vendida á los franceses, como se creia en 1808, y la heroicidad del pueblo madrileño como la reconoce la historia. Para significar el esfuerzo de España en la lucha de la Independencia decia arrebatado por su inspiracion vigorosa:

Del cetro de sus reyes los pedazos
Del suelo ensangrentados recogia,
Y un nuevo trono en sus robustos brazos
Levantando á su príncipe ofrecia.

Tronaba despues fieramente indignado, por el triste galardon otorgado á tanto sacrificio y ardimiento, de este modo:

El trono que erigió vuestra bravura
Sobre huesos de héroes levantado,
Un rey ingrato de memoria impura
Con eterno baldon dejó manchado.

Aludia á la segunda época constitucional, y bramando de ira exclamaba con solemne acento:

Ay! Para hollar la libertad sagrada
El príncipe, borron de nuestra historia,
Llamó en su auxiiio la francesa espada
Que segase el laurel de vuestra gloria.

Ni perdonaba en sus violentos arranques al rey de los franceses: ni omitia señalar los enemigos á quienes era fuerza combatir para obtener el triunfo; sus palabras eran estas:

Hoy esa raza degradada, espuria,
Pobre nacion, que esclavizarte anhela,
Busca tambien por renovar tu injuria
De extranjeros monarcas la tutela.

Tras de la voz enérgicamente dolorosa al recordar las antiguas glorias y la supuesta servidumbre del momento, venia el apóstrofe desdeñoso y el tono de menosprecio para herir el amor propio y azuzar el coraje del pueblo impeliéndole al combate; así concluia su inspiracion volcánica y tremebunda:

Verted, juntando las dolientes manos,
Lágrimas ¡ay! que escalden la mejilla;
Mares de eterno llanto, castellanos,
No bastan á borrar vuestra mancilla.

Llorad como mujeres, vuestra lengua
No osa lanzar el grito de venganza;
Apáticos vivis en tanta mengua
Y os cansa el brazo el peso de la lanza.

¡Oh! en el dolor inmenso que me inspira
El pueblo en torno avergonzado calle,
Y estallando las cuerdas de mi lira,
Roto tambien mi corazon estalle.

Esta composicion, expresamente escrita para producir efecto, no lo alcanzó por la circunstancia de no haberse presentado en la formacion el capitan general de Castilla la nueva como inspector de la milicia, y aun es fama que semejante conducta le costó su empleo. De estos incidentes hemos hablado no de oidas, sino como testigos presenciales.

A la muerte de Espronceda nos quedaron siete cantos del *Diablo mundo:* segun el plan de este poema, elástico sin medida, aun cuando el cielo hubiera concedido largos años de vida al bizarro vate, nunca el fin coronara su obra, grandioso engendro de una imaginacion fecunda y de un desgarrador escepticismo. De esta suerte exponia su pensamiento en el primer canto:

Nada ménos te ofrezco que un poema
Con lances raros y revuelto asunto,
De nuestro mundo y sociedad emblema,
Que hemos de recorrer punto por punto.

Si logro yo desenvolver mi tema,
Fiel traslado ha de ser, cierto trasunto
De la vida del hombre, y la quimera
Tras de que va la humanidad entera.

Conociendo lo escabroso de tan triste senda queria alfombrarla de flores, por eso prometia desenvolver su asunto.

En varias formas, con diverso estilo,
En diferentes géneros, calzando
Ora el coturno trágico de Esquilo,
Ora la trompa épica sonando,
Ora cantando plácido y tranquilo;
Ora en trivial lenguaje, ora burlando,
Conforme esté mi humor, porque á él me ajusto,
Y allá van versos donde va mi gusto.

Su héroe con cuerpo de hombre y alma de niño debia pasar por situaciones altamente originales entre las diversas jerarquías de vivientes. Preso al amanecer rejuvenecido, cuidado con esmero en la cárcel por una mujer del pueblo bajo, instruido por su padre con máximas propias de un presidio, arrastrado sin saberlo á un robo y embelesado en contemplar la hermosura de una dama reclinada en su lecho, mientras sus camaradas saquean joyas en aquel palacio; fugitivo y oculto en una morada donde se compran placeres, y cuya dueña llora la muerte de una hija: ansioso por restituirla á la existencia, *Adan* es un personaje de interés sumo. Exactitud y tono conveniente resaltan en los diferentes cuadros de este poema, que por su índole no hubiera alcanzado popularidad sino en un país de filósofos y

pensadores. Espronceda habia intercalado un canto *A Teresa;* segun su expresion propia puede saltarlo el que guste, pues es un desahogo de su corazon y nada tiene que ver con el poema; pero tiene que ver mucho con sus amarguras y con el desgarramiento de sus entrañas y con su desencanto y su hastío. Obra maestra es en el género fantástico el prólogo del *Diablo mundo.* Espronceda lo leia de una manera admirable y en tono de grata y solemne canturia.

Atribuyeron algunos á falta de costumbre su escasa brillantez oratoria en la tribuna del parlamento. Verdad es que ya no tenia fuerzas físicas y solo su portentoso espíritu le alentaba; sin embargo, Espronceda no hubiera sobresalido en el curso de las discusiones; tal vez en momentos dados fascinara á sus oyentes mezclando agudezas y sarcasmos en su decir, de ordinario bulbuciente y mal seguro, y solo por intervalos nervioso y prepotente: nunca hubiera sido paladin muy temible en la liza parlamentaria.

Gallardo de apostura, airoso de porte y dotado de varonil belleza, le hacia aun más interesante la tinta melancólica que empañaba su rostro: cediendo á los impulsos de su corazon, centro de generosidad y de nobleza, pudiera haber figurado como rey de la moda entre la juventud de toda ciudad donde fijara su residencia; mas abrumado por sus ideas de hastío y desengaño, pervertia á los que se doblaban á su vasallaje. Hacia gala de mofarse insolente de la sociedad en públicas reuniones, y á escondidas gozaba en aliviar los padecimientos de sus semejantes: renegaba en la mesa de un café de todo sentimiento caritativo, y al retirarse solo se quedaria sin un real por socorer la miseria de un pobre. Cuando Madrid gemia desolado y afligido por el cólera morbo, se metia en casas ajenas á cuidar los enfermos y consolar los moribundos. Espronceda en su tiempo venia á ser una joya caida en un lodazal, donde habia perdido todo su esmalte y trocádose en escoria. Se hacia querer de cuantos le trataban, y á todos sus vicios sabia poner cierto sello de grandeza: hace tres años y medio que le lloramos sus amigos; desde entonces luce de contínuo sobre su sepulcro una guirnalda de siemprevivas.

ANTONIO FERRER DEL RIO.